

de que con ello queden otras, poco menos que exhaustas.

Por dignos de consideración que sean los intereses particulares, lo son, y en mayor grado, los generales del pueblo.

Es deuda de honor que ante el pueblo contrae la «Coalición Liberal Demócrata» y que aquél podrá echarle en cara para el caso de incumplimiento.

Así entendemos nosotros que

se paga, y no de otra manera, la confianza de un pueblo que lleva una y otra vez a la victoria a determinada agrupación político-administrativa en la que, ciego, cifra su esperanza toda.

Las elecciones del pasado domingo

NUESTRA DERROTA

Derrotados, sí; esta es la palabra. ¿Qué importa la asquerosa compra de votos; qué, la colección de actas en blanco y que, la más inícuca de las coacciones ejercida sobre los aparceros, para que votasen la candidatura de don Buenaventura María Plaja, si en definitiva y a la hora del escrutinio, las papeletas que aparecen en las urnas restan mudas y no pueden rebelarse contra los mercachifles de conveniencias y, por ende, ellas, en superior orden numérico, dan el triunfo al candidato que la Mancomunidad comprara para que les ayude en sus especulaciones político-financieras?

No vamos, pues, a erigirnos en nuevo Tribunal Supremo y adelantarnos, con acierto, o equivocadamente, al fallo que, por ministerio de la ley, debe dictar el más supremo de los tribunales de la nación.

Fuimos derrotados, porque el señor Plaja consiguió, — como sea — mayor número de votos que el señor Boét.

Mas, ¿dónde consiguió el señor Plaja tal mayoría?

En los pueblos rurales, aquellos en que el señor feudal, por una carretera que le permita llegar en carruaje a la puerta de su casa, vende la conciencia de sus *criados*; que por algo es señor de las haciendas todas.

Y en aquellos otros en que, por unos billetes de a cien o mil pesetas, se dan, con resortes mágicos que hacen bailar a su antojo al cuerpo electoral y, a ser preciso, se abren los cementerios para que los difuntos, velando por la tranquilidad del distrito, emitan su sufragio en pró de los *billetes de a cien o de mil*.

Son los dichos pueblos, en mayoría, árbitros del censo que constituye el distrito y de ahí el milagro en virtud del que aparece como triunfante por la voluntad libérrima de los electores, el candidato de la Lliga Regionalista don Buenaventura Plaja, cuando en realidad de verdad puede representar, a lo sumo, a una docena de propietarios — nuevos señores feudales — y a escasa media docena de alcaldes y secretarios.

En los pueblos conscientes, en aquellos en que los electores se portan siempre como ciudadanos libres — y no sólo en elecciones ge-

nerales; — que cumplen con el deber de ciudadanía que les obliga a emitir su sufragio en pró de la persona, o, prescindiendo de ésta, de la política que estiman más conveniente para los intereses del distrito; en estos pueblos, obtuvo nuestro digno candidato don Andrés de Boét, una mayoría, sobre su contrincante, de más de mil votos; y en otros, que fueron, incluso en pasadas elecciones, feudo de la Lliga, pero que la propagación de nuestras doctrinas han sido bastantes para despertar el cuerpo electoral de la modorra en que se hallara sumido; incluso en estos últimos, tras fuerte lucha hemos conseguido, sino mayoría, cuando menos un equilibrio de fuerzas, precursor de esplendorosas victorias en venideras luchas.

¿Cómo puede, pues, considerarse posible que el candidato que aparece triunfante por los votos, no de los electores del distrito, sino de una docena de propietarios, señores de horca y cuchillo, que se consideran, por su posición, dueños de vidas y haciendas; y por los que le proporcionan unos miles de billetes del Banco, se le honra con la investidura parlamentaria, representando los sagrados intereses de un distrito que, como el de Granollers-Badalona, se le ha mostrado hostil con la fuerza numérica de los sufragios emitidos por los ciudadanos conscientes y libres?

Granollers-Badalona ha elegido, para su diputado, a don Andrés de Boét y Bigas.

Una docena de propietarios rurales y media de alcaldes y secretarios, han dispuesto arbitrariamente de pueblos enteros y, merced a la más inícuca de las coacciones, han amordazado a los potestarios, cuyos censos superan a aquellos en que los electores, por su libérrima voluntad, se pronunciaron en pró del candidato señor Boét.

Con plena convicción, ante lo expuesto, espejo fiel de la realidad, clamará con nosotros el distrito entero.

«¡Derrotados, sí; pero no vencidos!»



Ecos electorales

Pasaron ya las elecciones a Cortes y, con ellas, la fiebre y actividad.

Fueron portadoras, aquéllas, de ánimo y alegría para unos; de abatimiento y amargura para otros... ¡Esta es la vida!

Mas, como dijera el célebre rector del cuento... «*el món dona voltes...*» y «*no hi ha temps que no torni*». Confiemos *los hoy* amargados, en que en día no lejano hemos de sorber la copa del placer... y crean, *los hoy* alegres, que habrán de apurar hasta las heces, a no tardar, el cáliz del desencanto.

Y... ¡a otro!

© ©

Alcalde fresco

Pues, señor, érase que se era un pueblo cuyo nombre no hace al caso.

En la plaza pública bullía extraordinaria animación. En un ángulo de aquélla, discutían acaloradamente dos personajes.

Tras larga peroración, *dióse el uno por convencido*. Era, el tal, bajo, regordete, desaliñado y lucía, en su diestra, bastón con borlas.

Convulso por la rabia y chillando como una rata, en el paroxismo de su furor, olvidando su calidad de alcalde, y ciego por la impotencia a que se veía reducido, él, el señor y dueño de vidas y haciendas del pueblo de Borreguera (¿llamémosle así?), ante el estupor de la muchedumbre... bajóse los calzones, enseñando sus no muy limpias ropas interiores.

Las gentes se muy indignaron ante el *impudor* de su monterilla.

Al ecoísta tan sólo le hizo gracia la salida del *fresco* alcalde, de Borreguera.

© ©

El grupo de los nefastos

De aquí para allá, impúdicos, a la caza de votos... para dar la victoria a quien se brindara, en tiempo no lejano, a amparar sus demasías y arbitrariedades.

¿Conocéisles? Viles juntos el pasado domingo: son los de siempre; los que con su in calificable descaro, sangraron día tras día a nuestra Pubilla. Los que a su costa gastaron, en alegres francachelas, lo que el pueblo, para las atenciones del mismo y con el sudor de su